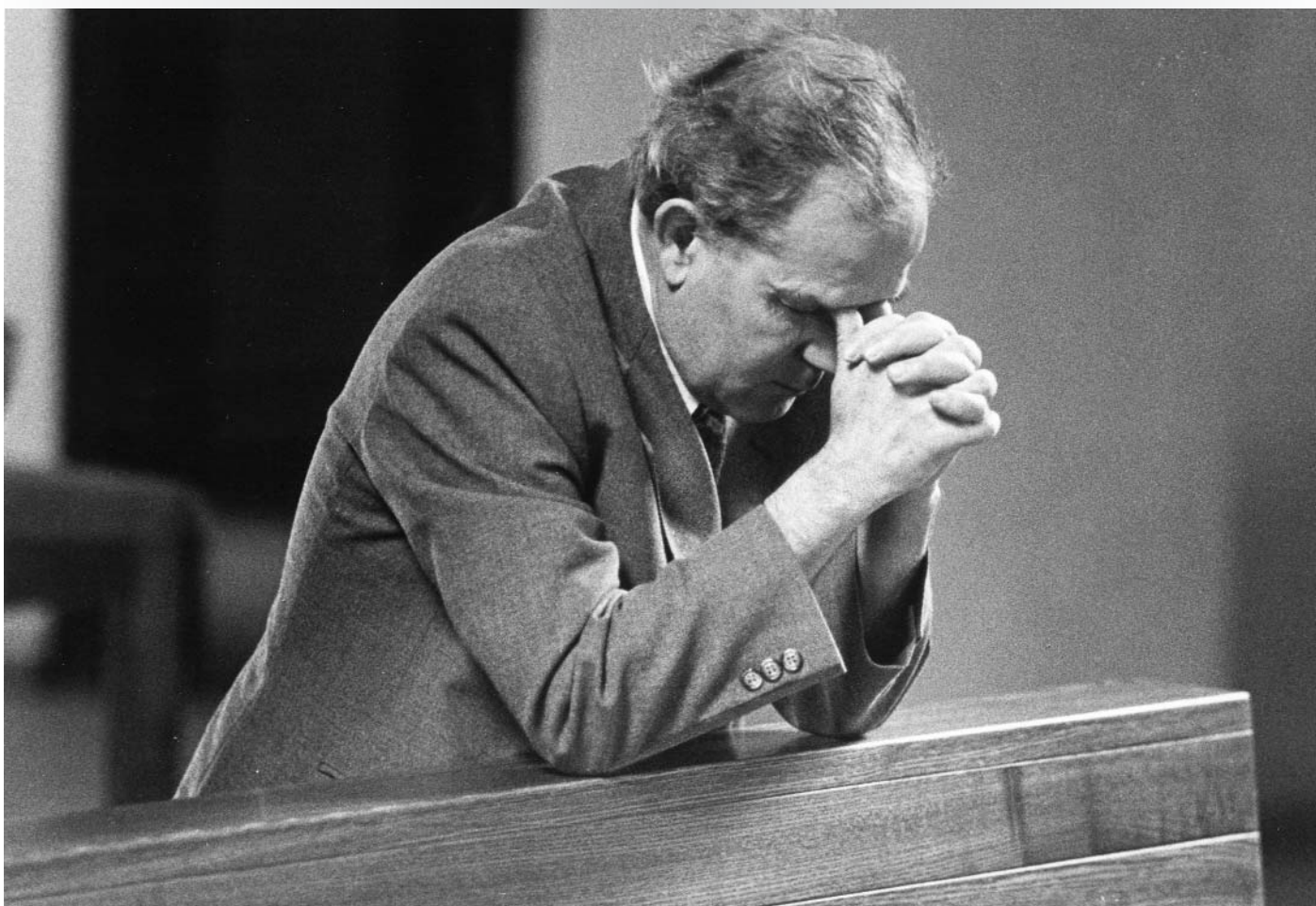


Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 7

Animación y cooperación misioneras



Tema 5

COOPERACIÓN ESPIRITUAL, PERSONAL Y ECONÓMICA

PRESENTACIÓN

En el tema anterior se ha explicado lo importante y necesaria que es la cooperación misionera entre las Iglesias; ahora es momento de centrarse en cómo hacerla efectiva a nivel espiritual, personal y económico.

Por ello conviene tener en cuenta unos principios para coordinar la cooperación misionera, porque no todas las obras o iniciativas tienen el mismo valor y homogeneidad. Esto ayudará a una eficaz y justa ordenación de la cooperación misionera.

a) Prioridad de las obras e iniciativas de dimensión universal. La cooperación misionera de dimensión universal es un deber grave de todo el Pueblo de Dios, prioritario con respecto a cualquier otra forma de cooperación misionera de dimensión particular.

Este deber abarca no sólo a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, sino también a todas las comunidades e instituciones eclesiales. Deber que corresponde, analógicamente, a la exigencia prioritaria e irreprimible de cada miembro o célula de un organismo vivo de contribuir al sostenimiento, desarrollo y perfección de dicho ser.

b) Deben considerarse como prioritarias en el sector de la cooperación misionera las obras e iniciativas promovidas directamente por la Jerarquía de la Iglesia, o inmediatamente dependientes de su autoridad. La razón de tal prioridad está en la íntima vinculación eclesial de todos los fieles al Vicario de Cristo y a los obispos, vinculación superior a cualquier otra de carácter personal o institucional.

c) Cooperación con los Institutos misioneros. De acuerdo con las exigencias permanentes y actuales de la Iglesia misionera, debe prestarse todo género de colaboración y ayuda a los Institutos misioneros.

Si los Institutos misioneros “*toman como misión propia el deber de la evangelización que pertenece a toda la Iglesia*” (AG 23), es a todo el Pueblo de Dios, estructurado principalmente en diócesis y parroquias, al que corresponde la obligación de sostener dichos Institutos, procurando que no les falten vocaciones, ni recursos adecuados para el cumplimiento de este importante cometido.

Desde la realidad

La cooperación misionera espiritual, personal y económica es una exigencia de nuestra pertenencia a la Iglesia, una exigencia de nuestra fe en Jesucristo. Sin embargo, no parece que esta triple dimensión de la cooperación misionera alcance una eficaz prioridad. En todo caso, sólo se atiende la cooperación económica con motivo de Jornadas o Campañas.

1. ¿Por qué se atiende más la cooperación económica que la personal o espiritual?
2. ¿Qué razones pueden existir para que sea mayor la cooperación con los proyectos sociales que con los pastorales?
3. ¿Cuál puede ser la causa de que los cristianos sean más generosos con los proyectos misioneros concretos que con la actividad misionera de la Iglesia?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. La cooperación espiritual

Juan Pablo II introduce el tema de la cooperación en la actividad misionera, en sentido general, de este modo: *“Miembros de la Iglesia en virtud el Bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. [...] ‘El Concilio invita a todos a una profunda renovación interior, a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su participación en la obra misionera entre los gentiles’ (AG 35). La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos. De esta manera, el creyente amplía los confines de su caridad manifestando la solicitud por quienes están lejos y por quienes están cerca. Ruega por las misiones y por las vocaciones misioneras, ayuda a los misioneros, sigue sus actividades con interés y, cuando regresan, los acoge con aquella alegría con la que las primeras comunidades cristianas escuchaban de los apóstoles las maravillas que Dios había obrado mediante su predicación (cf. Hch 14,27)” (RM 77).*

Entre las formas de participación, el Papa señala en la *Redemptoris missio*, en primer lugar, la cooperación espiritual, que consiste en la oración, los sacrificios y el testimonio de vida cristiana.

La oración, dice el Papa, debe acompañar el camino de los misioneros, para que sea eficaz el anuncio de la Palabra de Dios, por medio de la gracia divina.

A la oración hay que añadir el sacrificio. Cuando el sacrificio es aceptado y ofrecido a Dios con amor, su valor salvífico deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo Místico a unirse a sus padecimientos y completarlos con la propia carne (cf. Col 1,24).

En cuanto al ofrecimiento del sacrificio, el Papa invita a los enfermos para que también ellos se sientan misioneros haciendo ofrenda de sus padecimientos y de su soledad.

Con el sacrificio y el sufrimiento, compartimos y sostenemos el sacrificio de los misioneros. Con el testimonio de vida cristiana, somos, a una con los misioneros, testigos de la experiencia del Dios revelado en Jesucristo para la salvación de la humanidad.



II. La cooperación personal

Si no suscitara vocaciones misioneras, le faltaría corazón a la cooperación misionera, ya que la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio. Toda comunidad que palpa en su vida íntima su presencia activa en la geografía misionera a través de miembros nacidos en su seno maternal, no puede menos de verse impulsada por el testimonio de aquéllos a abordar con mayor seriedad y compromiso la evangelización de sí misma y del entorno en que vive. Por ello, la solicitud por las vocaciones misioneras debe constituir un elemento esencial de la cooperación.

La vocación misionera tiene que estar presente en los proyectos y acciones de la pastoral vocacional en los seminarios de las diócesis. De lo contrario sería un empobrecimiento para las mismas diócesis. Un signo importante de la vitalidad de una Iglesia son las vocaciones para la misión *ad gentes*. Y, según dice el Papa, hay que interrogarse ante el hecho de que, como está ocurriendo en naciones de rica tradición misionera, al mismo tiempo que aumentan los donativos, descienden las vocaciones misioneras, las cuales reflejan la verdadera dimensión de la entrega a los hermanos (cf. RM 79).

También es importante el papel que tiene la familia cristiana en la acción misionera de la Iglesia; y el Papa hace un llamamiento a este respecto cuando dice: *“Las familias y, sobre todo, los padres han de ser conscientes de que deben dar una contribución particular a la causa misionera de la Iglesia cultivando las vocaciones misioneras entre sus hijos e hijas”* (RM 80).

Para que ello sea posible, el Papa señala que hay que crear un ambiente *“de oración intensa, un sentido real del servicio al prójimo y una generosa participación en las actividades eclesiales”* (RM 80).

La invitación es también para los jóvenes, para que tengan sus oídos abiertos a la llamada del Señor para servir a la misión. *“A los mismos jóvenes ruego que escuchen la palabra de Cristo que les dice, al igual que a Simón Pedro y Andrés en la orilla del lago: ‘Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres’ (Mt 4,19). Que los jóvenes tengan la valentía de responder, al igual que Isaías: ‘Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame’ (Is 6,8). Ellos tendrán ante sí una vida atrayente y experimentarán la verdadera satisfacción de anunciar la Buena Nueva a los hermanos y hermanas, a quienes guiarán por el camino de la salvación”* (RM 80).

III. La cooperación económica

Ésta es la más tradicional o por lo menos la más extendida de las formas de cooperación, ya que son muchas las necesidades materiales y económicas de las misiones; no sólo para fundar la Iglesia con estructuras mínimas (capillas, escuelas para catequistas y seminaristas, viviendas), sino también para sostener las obras de caridad, de educación y de promoción humana, campo inmenso de acción, sobre todo en los países pobres y subdesarrollados.

Si bien es importante esto, también lo es *“comprobar el espíritu con el que se da”* (RM 81). No basta dar,

sino que hay que hacerlo con y desde un estilo de vida que se puede cifrar en los aspectos que se señalan a continuación:

– *“Las misiones no piden solamente ayuda, sino compartir el anuncio y la caridad para con los pobres.*

– *“Todo lo que hemos recibido de Dios, tanto la vida como los bienes materiales, no es nuestro, sino que nos ha sido dado para usarlo.*

– *“La generosidad en el dar debe estar siempre ilumi-*

nada e inspirada por la fe: entonces sí que hay más alegría en dar que en recibir.

– “[...] [se ha de dar] en la celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios y para todas las misiones del mundo” (RM 81).

En consecuencia, una comunidad cristiana, o una parroquia o una diócesis, no puede sentirse satisfecha porque ha aumentado la generosidad de sus miembros en una colecta para las misiones, si, al mismo tiempo y por este motivo, no se ha producido una renovación en su vida y en su compromiso evangélico.

IV. Otras formas de cooperación misionera

Una de las novedades de la encíclica *Redemptoris missio* la constituye el hecho de ampliar los campos y las formas de cooperación misionera a causa de las situaciones provocadas por la evolución de la sociedad y que comprometen la participación de muchos cristianos. Al respecto dice el Papa: “La cooperación se abre hoy a nuevas fronteras, incluyendo no sólo la ayuda económica, sino también la participación directa. Nuevas situaciones relacionadas con el fenómeno de la movilidad humana exigen a los cristianos un auténtico espíritu misionero” (RM 82).

a) El turismo. “El turismo es ya un fenómeno de masas positivo si se practica con actitud respetuosa en orden a un mutuo enriquecimiento cultural, evitando ostentaciones y derroches y buscando la comunicación humana. Pero a los cristianos se les exige sobre todo la conciencia de ser siempre testigos de la fe y de la caridad en Cristo. También el conocimiento directo de la vida misionera y de las comunidades cristianas puede enriquecer y dar vigor a la fe” (RM 82).

En cuanto a lo último, es importante el trabajo de jóvenes que quieren vivir la experiencia misionera visitando a misioneros de la propia diócesis y compartiendo con ellos el trabajo de la misión, como una forma de conocer la realidad misionera, de modo que ello ayude a vivir más plenamente el compromiso de la propia fe en Jesucristo, para luego transmitir este testimonio a la comunidad que los ha enviado.

b) La vida profesional. El Papa señala otro aspecto: “Las exigencias del trabajo llevan hoy a muchos cristianos de comunidades jóvenes a regiones donde el cristianismo es desconocido y, a veces, proscrito o perseguido” (RM 82). También estas circunstancias son una oca-

sión para vivir y testimoniar la fe. A propósito, el Papa recuerda la actividad misionera en los primeros siglos de la Iglesia: “[...] el cristianismo se difundió sobre todo porque los cristianos, viajando o estableciéndose en regiones donde Cristo no había sido anunciado, testimoniaban con valentía su fe y fundaban allí las primeras comunidades” (RM 82).

c) La atención a los inmigrantes. El decreto *Ad gentes* habla de cómo las Conferencias Episcopales deben establecer obras para la atención pastoral de los inmigrantes de tierras de misión como un aspecto especial dentro del conjunto de la pastoral de inmigración (cf. AG 38), y el Papa concreta: “La presencia de estos hermanos en los países de antigua tradición cristiana es un desafío para las comunidades cristianas, animándolas a la acogida, al diálogo, al servicio, a compartir, al testimonio y al anuncio directo. Las Iglesias locales, con la ayuda de personas provenientes de los países de los emigrantes y de misioneros que hayan regresado, deben ocuparse generosamente de estas situaciones” (RM 82).

d) La vida internacional. Una última novedad de la Encíclica, en el campo de las cooperaciones, es el estímulo que el Papa dirige a todas las personas que ostentan altos cargos como responsables de la política internacional, la economía, la cultura, el periodismo, etc., sin olvidar, dice el Papa, a los expertos de los diversos organismos internacionales. Esta “creciente interdependencia entre los pueblos [...] es un estímulo para el testimonio cristiano y para la evangelización” (RM 82). También dentro de estos organismos y alrededor de ellos, el cristiano ha de tener conciencia de que no ha sido bautizado para sí mismo, sino que, por el Bautismo, comparte la misión de la Iglesia enviada por el Señor a todas las naciones.

Para la reflexión personal

Antes de seguir avanzando en el estudio del tema, se hace necesaria una reflexión personal que lleve a un cierto compromiso:

- 1 ¿De qué manera la Iglesia desarrolla espiritualmente la actividad misionera? Y nosotros, ¿cómo lo hacemos?
- 2 ¿Qué frutos vocacionales misioneros han surgido de la comunidad eclesial a la que perteneces? ¿Cómo se puede colaborar con estas vocaciones?
- 3 ¿Cómo podemos incrementar nuestra cooperación económica y ayudar a otros a hacerlo?
- 4 ¿Con cuál de las nuevas formas de cooperación te sientes más identificado?

Para el trabajo en grupos

- 1 Hoy se habla mucho de cooperación en todos los aspectos, y de su necesidad. ¿Cómo veis en el grupo la cooperación misionera en vuestras comunidades y parroquias? ¿Es generosa la gente? O bien ¿da porque tiene que dar?
- 2 Cooperar significa hacer participar de lo propio a los demás, en conocimiento, en oportunidades, en bienes materiales y espirituales. ¿Es así como lo entendéis?
- 3 Cooperar es “trabajar con” el que tiene necesidad, dando de nuestro tiempo, de lo nuestro espiritual y material, y a la vez recibir de lo que el otro me enseña. ¿Es difícil responder a la llamada del Señor que llama a cooperar en la misión? ¿Por qué? ¿Qué dificultades conlleva? ¿Hay también beneficios?
- 4 Comentad entre todos los textos de *Evangelii nuntiandi* 75 y de Mc 1,16-20.

TESTIMONIO

UN PUNTO CLAVE EN MI VIDA



Yo tuve la suerte de estar en Burgos en el Congreso Nacional de Misiones de 2003. Digo “suerte” por no hablar de voluntad de Dios, tal y como percibo ahora lo que entonces me pareció pura casualidad.

Soy seminarista de Zaragoza de tercer curso y, con mis veinte años, puede que fuera uno de los asistentes más jóvenes. El Congreso fue para mí un triple espacio de encuentro: un espacio *humano*, donde se experimentaba un intenso sentimiento de fraternidad y se podía conocer a personas verdaderamente emocionadas y arrastradas por Cristo para llevar su Buena Nueva a los cinco continentes; un espacio *divino*, en el que se notaba la presencia de Dios y la invitación que Él nos hacía no sólo a plantearnos la misión, sino también nuestra propia esperanza; y, como resultado de la

unión de los dos anteriores, un espacio *misional*.

El Congreso acabó, pero entonces es cuando me tocaba el turno a mí, así que empecé a sentir llamadas al corazón y dos interpelaciones: ¿hasta qué punto estoy centrado y queriendo a Cristo como para lanzarme sin miedos ni reparos a la misión?; ¿cómo puedo guardarme este tesoro, Jesús vivo, para mí, si Él vive para todos? –una contradicción–. Ante estas llamadas no puedo quedarme impasible; son tan audibles y apremiantes que Él no me lo permite, de forma que constato una serie de respuestas y transformaciones que se están produciendo en mi vida:

– Reflexiono y oro sobre todo lo vivido.

– El espíritu de la misión se anima en mí y experimento mi vida en esta clave.

– Me incorporo al equipo de animación misionera del seminario.

– Intento llevar mi responsabilidad misionera allá donde me muevo: entre jóvenes, en la pastoral de mi parroquia, en el Movimiento de Jóvenes de AC, etc.

– Reflexiono sobre una posible experiencia misional *ad gentes*.

Me estoy dando cuenta poco a poco de que el Congreso Nacional de Misiones es un punto clave en mi vida, una llamada de Dios a dar un impulso a la dimensión misionera de mi fe y a replantearme muchas cosas en el seguimiento que hago de Jesucristo. Se trata de recuperar la tensión hacia la misión, al descubrir que, en la pobreza humana, la misión es riqueza de Dios.

JUAN

ORACIÓN

Jesús,

*Tú has venido al mundo para ser transparencia del Padre que nos ama;
Tú, que eres la Palabra creadora del mundo, has nacido entre nosotros en la sencillez
y pobreza de la cueva de Belén, para que todos sintamos que podemos ser
amigos tuyos, sin necesidad de ceremonias ni vestidos de etiqueta;
Tú has pasado tantos años en Nazaret, en una vida oculta, para acompañarnos
en el trabajo por el Reino de Dios sin buscarnos a nosotros mismos,
sin desear que el mundo nos tenga en cuenta por lo que hacemos;
Tú has recorrido los pueblos de Galilea y de Judea proclamando y viviendo
la fuerza del amor de Dios, que se compadece de los pecadores,
que trata como personas en plenitud de derechos a las mujeres y a los niños,
a los enfermos y a los leprosos, a los endemoniados y a los paganos;
Tú has amado a todos, incluso a los que te perseguían, te maltrataban,
se burlaban de Ti, te crucificaban, te mataban.*

*Promueve en todos los cristianos, los seglares, los religiosos y religiosas, los diáconos,
los presbíteros, los obispos, el Papa, una actitud de comunión fraterna,
sin falsos temores, sin el deseo de asegurarlo y controlarlo todo,
sin soberbia, sin hacer pagar nuestros favores, sin envidias, sin desear
que nos pongan medallas, sin buscar una imagen brillante ante los demás,
con auténtico amor,
con la libertad y sabiduría que provienen del Espíritu,
con el deseo de aportar con sencillez cada uno su carisma para el bien de todos,
de tal manera que los demás sientan la fe cristiana como algo que no oprime
sino que libera, que no encorseta sino que hace crecer;
de tal manera que los demás, viéndonos, puedan decir: "Mirad cómo se quieren".*

Ayúdanos

*a tener una auténtica intimidad amistosa contigo, para que nosotros y muchos más
sintamos tus deseos de hacer arder el mundo con tu amor;
a sentirnos unidos con todos los que colaboran a extender tu vida afectuosa
y tu fuerza transformadora en los países de misión;
a vivir nuestra comunión con ellos a través del amor vivido en toda circunstancia,
tanto en medio de tu transparencia en el afecto de los demás y en la alegría,
como en medio del fracaso, de la enfermedad, de las dificultades,
de la persecución, de la falta de sentido de nuestra vida;
a través del amor a los que nos aman y del amor a los que no nos hacen caso,
nos ofenden, se burlan de nosotros, nos hacen daño;
a tener un deseo profundo de que todos los hombres y mujeres de todos los países
puedan conocer profundamente a Cristo, y a estar disponibles de corazón para ello;
a ser generosos con naturalidad, para sostener materialmente a los que dan su vida
por esta misión.
Tú que vives y esparces tu amor por los siglos de los siglos.*